

PREGÓN DE LA SEMANA SANTA 2009

Pascual Urbán Brotons

Sr. Cura Párroco,
Sr. Presidente de la Cofradía,
Miembros de otras cofradías,
Estimados cofrades, amigos.

Buenas noches.

Cuando Ismael Quesada, presidente de la cofradía de la Caída de Nuestro Padre Jesús, me propuso para pregonero no pude negarme, tanto por la gran amistad que nos une, como por tratarse de un acto emblemático para la Semana Santa de nuestra ciudad. Ser hoy el pregonero de esta Cofradía supone para mí un honor y una satisfacción, lo cual tengo que agradecer a su presidente y miembros de la Junta Directiva. Quiero enfocar este pregón desde los sentimientos, la reflexión, las vivencias, unas pinceladas históricas y especialmente desde el corazón.

Siempre he estado vinculado a la Semana Santa ilicitana, desde que era un chaval, asistía como espectador con los ojos abiertos como platos, contemplando la elocuencia de las Imágenes y la belleza de las vestas. Y mi ilusión y alegría de recibir esos caramelos que me alargaban las manos los penitentes. Posteriormente fui penitente, costalero, portaestandarte, miembro de Presidencia, padrino de un trono.

En el año 1991 residí la tripleta y realice la “Trencá del Guió”. Entonces recordé algunas ideas clave: “tres conceptos en una sola idea: ciudad, penitencia y amor. Y yo formando parte integral de aquella tripleta”. Fue entonces cuando comprendí lo de “tener un hijo, plantar un árbol y escribir un libro”. Aunque ya lo había hecho, no era suficiente, había sido la “Trencá del Guió” lo que marcaría mi vida desde entonces, porque aquello era mi pueblo, mi familia y la Mare de Deu. Ese sentimiento sigue igual de vigente en la actualidad y mueve mi vida diaria.

La historia de la Semana Santa ilicitana ha ido ligada a la evolución de la misma de la ciudad. Ya en el año 1581 se tiene referencias de que fue fundada en Elche la Cofradía de la Sangre de Cristo. Posteriormente se fueron incorporando nuevas imágenes hasta totalizar las ocho existentes en 1864, año en que se crearon cuatro nuevas cofradías.

Una de ellas fue La Caída, llegando a contar a partir de esta fecha con un total de doce cofradías, que son las de mas raigambre de nuestra Semana Santa de pasión.

Estos años fueron el origen de la actual configuración y diseño de las procesiones de la Semana Santa, creándose un verdadero quebradero de cabeza para las autoridades locales, puesto que dudaban sobre el orden a adoptar por cada cofradía en el Desfile General del Viernes Santo.

Fue necesario requerir al obispo de Orihuela para esclarecer dicha cuestión. La inmediata respuesta del señor Obispo fue que esta procesión debe practicarse siempre siguiendo las Sagradas Imágenes en el orden sucesivo según empezó y consumo la Pasión del Salvador; esto es, según se hacen y contemplan las estaciones del Vía Crucis.

La fundación oficial de la Cofradía de la Caída tuvo lugar en marzo de 1864. No obstante, existen noticias de que el día 23 de marzo de 1769, casi 100 años antes, el Jueves Santo se celebraba una procesión independiente de las de Semana Santa y que tenía lugar en el Convento Franciscano de San José, pudiendo ser este el comienzo de la cofradía. Las primeras andas e imágenes las trajeron de Orihuela y se le añadió el Nazareno que había en la iglesia de San José, siendo sufragados todos los gastos ocasionados por una sociedad compuesta por artesanos y trabajadores humildes. La cofradía siempre ha estado vinculada al gremio del calzado y tejedores.

El primer desfile de la cofradía ocurrió el Martes Santo de 1864, año de su fundación. Posteriormente, después de la Guerra Civil, desaparecieron todos los enseres, el trono y las imágenes de la Cofradía, que fueron astillados y quemados en el huerto que había detrás de esta iglesia. En el año 1940 fue cuando volvió a reorganizarse comprando cuatro nuevas imágenes y en 1953 ya se sustituyó aquel nazareno por otro de talla.

En la actualidad, el pasaje lo forman cuatro imágenes: Nuestro Padre Jesús Caído y las figuras de Simón Cirineo, un romano y un judío. En una de la cofradías más emblemáticas de la Semana Santa de Elche, tanto por sus 145 años de antigüedad como por su trono y su peculiar sonido de su banda de tambores. Ha sido la primera en generar innovaciones, siempre buscando mejorar el desfile de las procesiones de Semana Santa; entre ellas enumeraré las siguientes:

- Fue la primera cofradía en introducir la capa como parte de la Vesta de sus nazarenos, y el traje de ésta está basado en el de la Cofradía del Perdón de Orihuela. Fue la promotora de efectuar el primer encuentro con la Verónica en la Plaza de Baix, siendo de enorme expectación y de gran emotividad.
- Es el trono donde se han efectuado comprobaciones por un grupo de investigadores de la Universidad Miguel Hernández de Elche, del Área de Tecnología Electrónica. Han desarrollado un dispositivo que permite registrar en tiempo real el peso soportado por los costaleros en la Semana Santa, que consiste en unos sensores que registran el peso instantáneo que soporta cada costalero. Con esto se puede evaluar mejor la distribución de los mismos.

El trono representa la Caída de Nuestro señor Jesucristo en el camino del Calvario. Su rostro se ve con mirada triste, dulce y penetrante. Jesús inició el camino llevando su cruz pero por poco tiempo puesto que, después de las vejaciones morales y destrozado su cuerpo por el tormento de la flagelación, apenas podía mantenerse en pie. Tras un corto recorrido, se cayó al suelo, sin fuerzas para seguir llevando por sí solo la Cruz. Por ello echaron mano de Simón de Cirene para que llevara la Cruz detrás del Señor.

No hubo piedad por parte de los ejecutores, puesto que no fue este el sentimiento que les movió a ayudar a Jesús, sino el temor de que no llegara vivo al calvario, dadas las condiciones en que se encontraba, hasta tal punto precarias que los mismos soldados se vieron obligados a sostenerlo porque materialmente se les caía.

Desde el año 2003 Jesús Caído sale acompañado por la Virgen del Rosario, una dolorosa con ojos grandes y almendrados, de cristal al igual que las lágrimas, manos de aguja, rostro sereno, boca entreabierta y brazos extendidos como si quisiera abarcar a todos sus hijos. Al observar longitudinalmente la faz de la Virgen podemos distinguir como su expresión se balancea entre unas lágrimas, producto de la amargura de acompañar a un Cristo Caído, y esa leve sonrisa cual fuera un atisbo de esperanza en la Resurrección. En la Plaza de Baix, la Verónica reverenciando a su Creador, enjuga el rostro de Jesús Caído y un paño ilustra la santa faz. Se ha vuelto a cumplir la tradición y a cumplir el milagro.

La Semana Santa se hizo para los penitentes. Penitentes son los que hacen la procesión y especialmente los costaleros que cargan el trono a cuestras, pese lo que pese. No lo cargan, lo trasladan sin más. Son los andares que le imprimen al paso. Es el alma que sacan desde el capataz hasta el último costalero. Siempre con el mismo propósito: “tenemos que ser los mejores”, “tenemos que hacerlo mejor que el año pasado”, “tenemos que glorificar al hijo de Dios”.

Me vienen a la mente unos recuerdos y unas reflexiones: en principio los tronos eran muy sencillos y los llevaban los costaleros. Posteriormente fueron modificándolos y añadiendo tamaño y belleza, transportándolos con costaleros o con ruedas. Últimamente casi todos salen en procesión con costaleros, con el esfuerzo, sentido de penitencia y generosidad que esto les confiere y que transmiten al ciudadano, que cada año, en mayor número, acuden a las procesiones. Hemos conseguido que la Semana Santa ilicitana haya adquirido una categoría y una importancia extraordinaria, a nivel incluso internacional, siendo comparable con la de las primeras ciudades en raigambre y tradición.

Recuerdo también el gran espanto con el que se acogía la Semana Santa. En las casas se tapaban aquellos grandes aparatos de radio para que nadie los utilizara. Algunos cines se cerraban y en el resto únicamente se proyectaban películas relacionadas con la religión o con la Pasión del Señor. Recuerdo la salida del paso de la Caída, de esta parroquia, enclavada en un entorno de religiosidad, con un gran recinto vallado, en cuya verja existía pilastras de obra, en cada una de las cuales había una estación del Vía Crucis, que acompañaba a los penitentes en su salida. Posteriormente se demolió el vallado para efectuar la actual urbanización. Se salvo de la piqueta solo cuatro pilastras con hornacina, en cuyo interior están las estaciones del Vía Crucis. Dos de ellas están unidas a la fachada de la iglesia y las otras dos en el lateral derecho, enfrente del Cristo de Zalamea.

Se han salvado las cuatro más significativas del Vía Crucis. Una de ellas es la caída. Esta es la segunda vez que la piqueta derriba las estaciones del Vía Crucis, ya que las primitivas las iban demoliendo a medida que se iba ampliando la ciudad hacia el barrio del Plá. Eran pequeñas capillas construidas alrededor de 1645, con rejas, donde la frente del pueblo acudía a visitarlas con gran devoción. Estaban situadas por todo el Pla,

abarcando una gran extensión de terreno, entre la carretera de Crevillente, las calles de la Torre y Fernanda Santamaría y la cercanías de la iglesia de San José.

No obstante, pese al empeño humano en destruirlas, la fe y la devoción popular han prevalecido, dejándonos una muestra física de las mismas en la facha de esta iglesia. Gracias a esa fe y esa espiritualidad las Cofradías de Semana Santa han sido capaces de sustituir provisionalmente a las del Vía Crucis. Es necesario que la Junta Mayor de Cofradías inicie los trámites para recuperar las diez estaciones restantes, que podrían ubicarse en las zonas ajardinadas y huertos que contornean el complejo cultural de San José. De este modo contemplaríamos un recorrido de devoción de cerca de 360 años de antigüedad.

Devoción y religiosidad que imprimían los pasos y nazarenos cada noche. Después los oficios religiosos y el sufrimiento y muerte de Jesús en la Cruz. Llega por fin lo que nos caracteriza como cristianos, la Resurrección. Y recuerdo ese domingo de alegría y esperanza en que se rompían los cántaros, botijos y tinajas, así como la inmediatez de las exhibiciones de las aleluyas, esas oraciones lanzadas al viento... y el aire ya olía a “fogassetes”.

Quiero citar una frase, siempre vigente, de gran contenido y profundidad, extraída del Pregón de Semana Santa del año 1992, del que fue responsable el sacerdote D. Ginés Román, a quien todos recordamos con cariño: “Señor, que esta Semana Santa sea motivo de unión, de comprensión, de ayuda, de compañerismo, de humildad, de arrepentimiento, de devoción y de paz”.

Quiero hacer una reflexión final, desde el corazón, tal como empecé este pregón. Me agradecería que este pregón fuera el “pequeño grano de arena” que diese lugar al inicio de nuevas actitudes, y que este espíritu de Semana Santa se prolongue todas las semanas del año. Que se acabe con la avaricia y la ambición de unos pocos en beneficio de otros muchos. Que seamos capaces de sembrar humanidad y caridad; solidaridad con los más desfavorecidos. Y que Nuestro Padre Jesús de la Caída nos ayude a seguir luchando por el progreso, la justicia y el bienestar de este pueblo.

Muchas gracias y mis mejores deseos para todos vosotros.